

Olga de León y Carlos Alejandro

Creación a dos plumas

Vuelta al Café.-

Me dirijo al café Rococó con la cabeza erguida y el andar firme, pleno de energía y gozo al darme cuenta de que, en el Parque México, los árboles soportaron noblemente las intensas lluvias y los calores; además, me entusiasma tener tan cerca la biblioteca pública "Carlos Fuentes". Tomo asiento en una de las sillas metálicas negras con hoyitos, adjunta a una de las mesas sobre la banqueta; pero esta vez, a quien tengo frente a mí ya no es a mi ex, sino a otras dos mujeres sudamericanas enfundadas en minifalda negra y con cazadora: son muy altas y bellas como edecanes, aunque quizás no tanto como las modelos que aparecen en las portadas de las revistas. Pero eso sí, son mucho más hermosas que mi ex.

¡Y van llegando más!, en pantalones entubados algunas y otras con faldas; van apareciendo sobre la calle y mi mente las percibe como en caricatura: como si se tratara de lagartijas que saltan desde adentro de una alcantarilla. Poco a poco van subiendo a dos camionetas de color azul oscuro; y mientras esto sucede, pienso que debo escribir ese ensayo personal, tanto tiempo pospuesto; u otro, que quizás titularé: "Beethoven, Libertad Poética y Revolución Francesa".

Lo apunto en una servilleta y, para cuando sin pretensión alguna vuelvo la vista a la calle, las camionetas repletas de moldes de belleza han desaparecido, también se han llevado a las dos mujeres que estaban frente a mí. Se veían tan solas, abandonadas. Habían estado alrededor de media hora marcando por teléfono celular; luego, enviando mensajes de texto, navegando por internet y oprimiendo aleatoriamente las teclas de su celular: un siniestro sinsentido que las mantenía ocupadas.

No quise hablarles, haberles explicado que las podía hacer famosas con un gran poema, para qué; preferí callar... realmente me acobardé.

La vida debería tener un menú para seleccionar nuestro destino, uno que pudiera ser elegido como si se tratara de una canción en el i-pod o de una película en el cuarto de hotel. Pero de tal manera que, si no nos gusta lo que vamos escuchando o viendo, podamos regresar al inicio y seleccionar otra opción; sería estupendo que pudiéramos experimentar en varias direcciones y con distintos rumbos, hasta escoger nuestra vida preferida; y cuando fuera necesario o placentero, regresar y volver a lo mismo o una nueva vida. Pero las cosas no funcionan así, lo sé: yo no dejaré de ser poeta, no; aunque al tomar un camino nuevo, no siempre -o casi nunca- se encuentra la manera de avanzar más rápido.

A Diana le gustaba leer. Y pienso que ahora que he conseguido este trabajo enseñando literatura en una escuela preparatoria, tendría tantas cosas que compartirle. Trato de animarme, pero no encuentro

las ideas que energizan una vida como la mía. Lo único que escucho es el silencio de las dos modelos de hace un rato; y me viene la idea de que tendré una vida formidable, pero que jamás habré de presumirla; una vida que pasará sin ser notada, que nadie cantará. Será una vida extraña, porque en mi juventud pensé que sería distinto, y ahora tengo la certeza de que el camino se repite de ida y vuelta, hasta el infinito o hasta que cada cual encuentre el equilibrio entre la visión y los hechos.

Diana no quería hablar conmigo aquel día que nos encontramos en el centro comercial: ya había escuchado demasiado sobre mí estando con otras gentes, y sintió remordimiento. "¿Para qué salga herido quién?", me preguntó cuando le dije que

escribiría una novela. "Nadie", le respondí,

"solo quiero aclarar mi vida a través de una fantasía".



Entonces, con una palabra, ella supo que yo ya conocía su punto débil, así es que

accedió a sentarse en este mismo café y sostener la conversación. Yo seguía dolido por lo que su marido había llegado a decir de mí, cosa que a ella no le preocupó ni tuvo cuidado en desmentir. Pero ahora, quien se encontraba con el gis frente al pizarrón, era yo. Y aunque sentí rencor, lo que yo buscaba era que me dijera cuánto me había amado, que me lo dijera quince años después, cuando ella ya había tenido una hija con alguien más, que pronunciara esas palabras que ahora la podrían destrozar. Yo adoraba la idea de que por cada mentira, la vida le cobraría con altos intereses.

Y lo dijo. Y yo guardé sus palabras. Luego las publiqué. ...y aunque no he ganado ningún premio de poesía, el poema gozó de la preferencia entre lectores y amigos. A ella no le interesa saber qué fueron de sus palabras; solo huye de su propio sentimiento y negará por siempre que lo mencionó, no solo lo que dijera el miserable marido que ahora tiene, pues seguramente él se avergonzaría de sí mismo; ella también lo ocultará de su hija, la inocente niña que tratará de proteger.

Y dejaré que se esconda en el rincón más oscuro o

en una cloaca, hasta que su boca diga "no voy a salir de aquí", hasta que terriblemente arrepentida lamente por el resto su vida lo que habló de mí. Pero el poema nada dice de ello, el poema no es sublime espejo de una visión horrenda y mortuoria que mi pluma transformara en belleza, ni tampoco se acerca a su intento de acabar con nuestro amor por la vía de la injuria y la locura.

En el poema, la víctima no es quien se aleja herido de mortal dolor del victimario, sino quien creyéndose vencedor en esa lucha por el poder que enfrentamos, canta una loa a los dioses, agradecido porque creyeron en su inocencia, sin saber que también ha empezado a cavar su propio ocaso.

O quizá, el poema solo haya sido la exaltación de un amor que nunca existió; pero al poeta ahora galardonado, eso ya no le molesta, acaba de ganar el Premio Nacional de Poesía, 2023.

Y piensa: -un día quise vengarme de la mentira y la injuria, del desamor y la desilusión. Aún sin sospechar que ahora, ahora sabe algo que siempre lo enriquecerá: la venganza no es el camino; la venganza destruye más al vengador que a quien pretende cobrarla. El camino es el mismo amor: amor a la vida, amor al desamparado, amor a la familia, amor al propio yo.

¡Cuántas cuitas vivirán los poetas que, vueltas poesía, los elevan sobre los demás mortales!

"Ni ángel ni diablo"

Iba el mundo pintando
con lágrimas cual diluvio:
¡Magdalena ha resucitado!
¿Mentís, porfía o conjuro?

Deja que te canten mis versos:
Amor ya no existe entre tú y yo,
que una vida sin tierra en celo
no da fruto en mayo ni en junio;

Arrojaré semillas al viento
a la que desprecie el cielo
acogerá mi ser deshecho
Yo le daré cobijo y techo

Iré por el mundo en trova
cantando mis versos viejos
y mis poemas más nuevos.

Perseo vestirá de gala
y este poeta no-muerto
revivirá lunas y cielos
solo para pintarlos.

Y caminará por el mundo
solo, y solo amará.

Será algo más que un loco
que le canta a la vida
a los abismos
y a sus triunfos.

Juan José Rodríguez*

Francia y sus ex presidiarios

No nos asustemos de que a Florence Cassez se le reciba como a la nueva Juana de Arco: Francia ha admirado a sus figuras de presidiarios y ex presidiarios desde los tiempos de El hombre de la máscara de hierro, Los Miserables, El Conde de Montecristo y ya ni se diga Papillon.

El hombre de la máscara de hierro es un enigmático personaje francés de los siglos XVII-XVIII, encarcelado por razones desconocidas en la prisión de la Bastilla. Durante su reclusión, el rostro le fue cubierto con una máscara probablemente hecha de terciopelo, aunque la leyenda y el cine sostienen que era de hierro.

La primera referencia a su existencia la hizo nada menos que Voltaire, el filósofo de la Ilustración, en El siglo de Luis XIV.

Según Voltaire, el «hombre de la máscara de hierro era un joven alto y hermoso, de buena obediencia y a quien no se le negaba nada de lo que pedía en la Bastilla y en otras pri-

siones. Se le daba la mejor cena y el alguacil se reunía raras veces con el personaje. Además, le agradaban los vestidos finos y los encajes y le gustaba tocar la guitarra. Habría sido alimentado por un sordomudo. Tenía prohibido el contacto con el personal de la prisión y debía tener puesta la máscara todo el tiempo».

Jean Valjean, personaje de Los miserables, originalmente sentenciado a cinco años de prisión por robar pan para alimentar a su familia, ve ampliada su sentencia después de repetidos intentos de fuga hasta acumular 19 años de condena. Perseguido por el infame y cruel inspector Javert, la novela es toda una crónica de sus desencuentros y un alegato a favor de la justicia.

Pocos saben que quien inspiró a Victor Hugo para los dos personajes principales de la novela Los miserables fue uno solo: Eugène-François Vidocq, primer director de la Sûreté Nationale (Seguridad Nacional) y uno

de los primeros investigadores privados.

A Vidocq, quien tuvo un pasado delictivo que incluye la piratería, la estafa y la chulería, se le atribuyen multitud de avances en el campo de la investigación criminal, introduciendo los estudios de balística, el registro y creación de expedientes con las evidencias de los casos.

Allan Poe se inspiró en él para crear al detective Auguste Dupin, en 1841. También sería inspiración de Émile Gaboriau el detective Monsieur Lecoq, un investigador caracterizado por su constante uso del método científico y también de Jacques Collin (Vautrin), personaje de las torrenciales novelas de Balzac.

Los franceses quizá hoy se preguntarán si, al igual que Florence Cassez, Jean Valjean no habrá sido "víctima" de un sistema judicial imperfecto como el nuestro. No hay comparación: el detalle de Valjean es que su delito era ínfimo y, aun así, se redimió

volviéndose un hombre generoso con su comunidad

¿Qué podemos añadir a lo que se ha dicho? Cassez es vista como una encarnación de El Conde de Montecristo.

A propósito, Carlos Fuentes decía que de niños los Hermanos Maristas prohibían ver esa película porque el tema era de lo más condenable: la venganza que se cumple como forma de justicia de emergencia, conceptos enemigo al ideal cristiano de dejar que el señor haga su obra. "Mía es la venganza", dice San Pablo.

Otro escritor que tuvo una vida carcelaria en la vida real y sus libros es Jean Genet: ladrón en la vida real y autor de las inolvidables El milagro de la rosa y Santa María de las flores. Y no olvidemos al truhan de Francois Villon, el gran poeta de la Edad Media.

*Agencia El Universal